

EL ARTE DEL SIGLO XX (SEGUNDA PARTE)



The Tragedy (Detail) – Pablo Picasso

Todos los derechos reservados.
Este artículo no puede ser reproducido o transmitido
en ninguna forma sin permiso escrito del editor:

Info@bachelor-caparo.com
<http://bachelor-caparo.com>

EL ARTE DEL SIGLO XX (SEGUNDA PARTE)

Max Ernest, psicólogo, trabajó en hospitales de dementes y pudo comprobar el mérito artístico de lo que pintaban los locos. En consecuencia, llegó a la conclusión de que “el arte tenía que proceder de la dimensión irracional que hay en el ser humano”

•

Con Pablo Picasso, España se va a proyectar por el mundo entero y a través de todo lo que va del siglo.

Una oceánica personalidad, y con ella el cosmos múltiple de su producción artística, en tantos niveles, con tan distintas expresiones. Fue un hombre que vivió totalmente. Un artista que levantó con sus manos una obra titánica. Se le compara con Leonardo, con Miguel Angel. Pero Pablo Picasso es Pablo Picasso, el español que nació en Málaga, que cuajó en Barcelona y para quien París fue la plataforma de su destino. Vivió noventa y dos años y tenía que haber vivido mucho más para poder realizar todo cuanto llevaba en las laberínticas fuentes de su imaginación. Tuvo razón Apollinaire, suprema autoridad en este caso, cuando dijo que él solo realizó la gran revolución de las artes. En él se cumple aquel requisito de su compatriota Ortega y Gasset: una obra de arte sólo es válida cuando añade algo a la Naturaleza ya conocida. Ciertamente, cualquier obra de Pablo es una cosa absolutamente nueva. Ante él había que vivir de asombro en asombro. Un hombre original en todo momento. Su vida es una novela y su obra es toda la historia del arte en su tiempo. Y todo le llegó por don divino. Ningún maestro podría enseñarle. El reveló el misterio de la creación, cuando exhibió en París los primeros lienzos cubistas. Aquello fue un escándalo. Pero ocho décadas después el Cubismo en un hito en la histórica

trayectoria del arte occidental. La etapa cubista no es más que una mínima parcela de aquella capacidad creadora que dominaba todas las formas, todos los temas, todas las técnicas, todas las vías. Lo mismo la pintura, que la escultura, que la cerámica. En días difíciles, entre Barcelona y París, con veintitrés años pinta lienzos que podían haber firmado los maestros del Expresionismo. Sus colores cambian de acuerdo con sus circunstancias. Y así se produce la época azul, la época rosa, que precederán a la cubista. Del cubismo analítico salta al arte sintético. De repente, abandona lo geométrico y se va a lo clásico, que estudia profundamente en Italia, pero no copia, sino recrea. Imposible que quedara insensible ante el furor surrealista. Y entra de lleno en el Expresionismo. Dentro de este tiempo produce el mural de Guernica. Acababa la Segunda Guerra, comienza el período de Vallauris, trabaja tanto la escultura como la cerámica. El catálogo de su producción es infinito. Miles de trabajos. Recibió todos los reconocimientos y homenajes. Su obra ha quedado instalada en la historia. Vivió simple y sencillamente. Con razón dijo: “Yo no busco, encuentro...”.

Por su temática, por sus estilos y técnicas, por los ingredientes de su obra más representativa, el francés Fernand Léger es un símbolo de su tiempo. Abandonó el inicial Impresionismo ganado por el Cubismo, que le sirvió para ir más lejos que Picasso y Braque, porque le dio a su pintura un sentido social: el mundo de la máquina y de la deshumanización del hombre. Fue pintor de sólidos colores y de fuertes trazos. Una pintura de fuerza.

¿Quién es Georges Braque que he mencionado varias veces? Nació cerca del Sena. Sin que ninguno copiara al otro, Braque y Picasso comparten las glorias del Cubismo. Todo por una carta de Cézanne que, hablando metafóricamente, aludió a cubos, conos, cilindros... Tomando literalmente el texto, salió la nueva pintura que dio a las artes plásticas el más grande de los vuelcos. Ni el Impresionismo, ni el Fauvismo fueron tan herejes con la tradición. Tras de haber

estado con las “fieras” del Fauvismo, aunque en forma muy distinta, se produjo, en 1907, su encuentro con el español. Los Fauvistas que eran unas fieras gozaban de gran prestigio y reconocimiento, pero tenían que ser superados. Si coincidieron en el Cubismo análítico, fue ciertamente Braque el que tuvo la iniciativa del collage” , con lo que se llegó a Cubismo sintético, que Pablo también cultivará. Estuvieron juntos hasta que la Guerra los separó. El francés fue herido en la cabeza. Vivió años de semi-invalidez. Cuando volvió a París, estrenó un arte nuevo, más clásico que revolucionario, con vigorosas figuras humanas y espléndidas naturalezas muertas. Hizo escultura, grabados en madera y vitrales. Su fama llegó tan alta que fue el primer pintor que en vida expuso en el “Louvre”. En cuanto a su creado artístico hay que recordar que dijo: “Los sentidos deforman, y la mente forma...”

Mauricio Utrillo, no obstante su apellido español, no lo era. Había nacido en Francia. Dominado por el alcohol y las drogas, la madre, que pintaba, le enseñó a pintar como terapia. Tuvo su período blanco. Por entonces pintó calles con una notoria melancolía. Siempre pintó el París que empezó a pintar con Montmatre. Un París irreal, pero era el que lleva en el alma.

El italiano Amadeo Modigliani que murió en el 20, a los treinta y seis, dejó unas trescientas cincuenta pinturas que aún siguen siendo objeto de reconocida admiración. No conoció como otros la fama, pero la gloria le llegó. Se instaló en París con su precaria salud y sus vicios: el alcohol y las drogas, que minaron su existencia. Su pintura se distinguió de inmediato de todo cuanto se producía. Aquellas figuras alargadas y pálidas. Del retrato pasó al desnudo. Sólo al final fue que se ocupó del paisaje. Realmente todo lo suyo como mérito para trascender lo realizó en su último lustro. Fue una vida bohemia y tormentosa. Estuvo acompañado durante los últimos tres años por Eanne Hebuteme, a quien pintó repetidas veces. Ella le dio una hija, y al morir, estaba embarazada, pero

no llegó al alumbramiento. Se suicidó al día siguiente de la muerte de su amado. Todo lo que artísticamente valía en París, lo acompañó hasta su tumba.

El ruso Marc Chagall, se adelantó a los surrealistas. Antes que ellos, él llevó al lienzo la compleja realidad de la mente humana. Al arribar a París en 1910, con veintitrés años, ya conocía las obras de Cezanne, Gauguin y Van Gogh, De inmediato se sumergió en los círculos de la Vanguardia, y se sintió atraído por el Cubismo. Pero su inclinación hacia lo fantástico lo alejaban de Braque y de Picasso. La Guerra lo obligó a retornar a su tierra natal. Tras la Revolución, el gobierno soviético le dio funciones oficiales, que duraron hasta el 23 , año en que vuelve a París. Aparte de su alma rusa, hay que tener en cuenta su ascendencia judía. Tanto lo uno como lo otro influyeron en su obra. Al empezar la II Guerra, era un artista consagrado. Estamos ante un pintor de recuerdos que van apareciendo sobre el lienzo, tal como se producen en la mente, flotando en el espacio y sin conexión alguna entre los mismos. Esta técnica lo sitúa dentro del surrealismo, pero los colores fuertes que usa lo afilian al Expresionismo. En medio de esta evocadora temática, lo religioso en no pocos cuadros. Entre lo uno y lo otro, episodios, situaciones que corresponden a la vida cotidiana, que pinta con perfecta integración física, pero dentro de una atmósfera vaga, imprecisa, en la que no falta a veces un detalle humorístico más o menos gracioso. En la obra del ruso hay el ingenuo infantilismo del naïf. Otro ingrediente de su obra es el Constructivismo. Llegó a los noventa y ocho años.

Juan Gris fue otro español que triunfó en París. Tan pronto llegó el madrileño hizo contacto con Picasso que en 1906 ya tenía historia. A su lado, pintó lienzos, aunque tomará su propio camino estético. Coincidió con Braque en lo del “collage”. Dio al Cubismo una dimensión que fue más allá de sus iniciadores. No lo convenció el arte abstracto, que consideró cosa incompleta, para él la esencia de la pintura es “la expresión de las relaciones entre el pintor y el mundo

externo”. Su tema preferido fue el de las naturalezas muertas. Murió en el 27 con cuarenta años.

El griego Gerogio de Chirico aspiró a trascender las formas reales y sugerir un universo metafísico. Con veintitrés, llegó a París impresionó a Apollinaire y Picasso. Fue a Italia donde desarrolló esa pintura suya que está más allá de ese mundo físico que todos vemos. La contemplación de un cuadro de Tiziano lo hizo dar su salto progresivo hacia lo Clásico, paradójicamente matizado con el Romanticismo. Pintó retratos, caballos galopando frente al mar, escenas de gladiadores en combate. Había dejado el mundo metafísico. Llegó a los noventa y un años.

El caso del alemán Max Ernest es interesantísimo. Psicólogo, trabajó en hospitales de dementes y pudo comprobar el mérito artístico de lo que pintaban los locos. En consecuencia. Llegó a la conclusión de que “el arte tenía que proceder de la dimensión irracional que hay en el ser humano”. Por tanto, decidió dedicarse a la pintura. Ya conocía las obras de Cezanne, Gaugin, Matisse, Munch, Picasso, Van Gogh... Pintó y expuso un cuadro de factura surrealista. Abrió las compuertas de la mente y dejó que su caos interior se reflejara en el lienzo, que tituló “Inmortalidad”. En Colonia, con Hans Arp, fundó un grupo dadaísta. Se empeñaba en pintar cuadros con cosas que no tuvieran conexión lógica alguna entre sí . Fue en el 29, con treinta y ochos años, que arribó a París. Coincidió con el nacimiento oficial del Surrealismo y fue de los promotores junto a Breton. Más tarde se desplazó a la escultura. Retornó a la pintura. Al morir en el 76, con ochenta y cinco, está considerado como uno de los más importantes renovadores del arte.

Hay un tercer español, Joan Miró de Barcelona. Empezó con el incremento. Siguió con el Fauvismo. Al fin hizo contacto con el Cubismo. Ya en París, sus

paisajes y una naturaleza muerta aparecían dentro de una atmósfera de misterio que no gustó al público parisiense. Se sumó al surrealismo, pero como no se apegó a los principios del movimiento, Breton y Aragón, sus fundadores, lo censuraron. Después, bajo la influencia de los dadaístas y de Paul Klee, siguió adelante, siempre con su gallarda independencia, a pesar de los contactos con tantas orientaciones. Viajó a los Países Bajos. Pintó interiores holandeses. Vuelto a España, la Guerra Civil lo sacará de la misma. Sólo volverá tras la conflagración europea después del 45. A pesar de tantas dificultades, con la década de los cincuenta Juan Gris había consolidado su fama. Mientras la crítica lo calificaba de pintor abstracto, Miró negaba la posibilidad de una total abstracción en arte. Realmente lo suyo estaba más adentro del Surrealismo. Murió en el 83 con noventa años.

El belga René Magritte fue el pintor del misterio. Bajo el signo del Simbolismo, lleva al lienzo escenas de horror, o míticas, o cómicas. Pasó por el Cubismo, el futurismo y el Abstraccionismo. Llegó al Surrealismo. Cuando se vio incomprendido en Bruselas, se fue a París. Se incorporó al grupo Surrealista, influido por De Chirico. Pero no perdió su personal originalidad, en la que se mezclaba con el humor ingredientes dadaístas. Juega con los objetos más comunes, como unos zapatos y medias que dejaban unos pies. O un vestido colgado, y sobre la tela unos exactos senos de mujer. El artista tomaba las cosas más normales en situaciones inusitadas y ambiguas. Consagrado en París, cuatro años después regresó a Bruselas, donde se le reconoció. Se extendió su fama. Sorprendentemente, durante la segunda Guerra, retornó al Impresionismo, sin que le importaran las burlas de los críticos. Cuando menos lo esperaban volvió al Surrealismo, con ingredientes pintados con el más meticuloso cuidado. Murió a los sesenta y nueve años, en el 67.

El mexicano Diego Rivera nació en 1886. Nacido con vocación revolucionaria en todos los niveles, no cabía en el México de Porfirio Díaz y se trasladó a España y por fin se radicó en París, donde recibió toda la influencia de estos días, especialmente la de Henry Rousseau. Regresó atraído por la Revolución de 1910, para retornar a Europa de inmediato y sumergirse de nuevo en la más avanzada plástica. Retornó a su país en 1921. Inaugurará con sus murales una nueva pintura, nutrido de sabores indígenas y henchida de mensajes políticos. Su obra lo proyectó internacionalmente. No sólo triunfó en su país, sino en Estados Unidos. Expuso en el Museo de Arte de Nueva York y pintó en el Instituto de Artes de Detroit. Cuando murió en 1957, había conquistado una fama justamente merecida. Él abrió los caminos para toda una generación de muralistas y pintores en general.